

RECORTES DE PRENSA

Es nuestro propósito el dar cabida en esta publicación a artículos aparecidos en los diferentes medios de comunicación nacional referentes a nuestros campos de actuación. Iniciamos esta Sección con un artículo del Director de la Biblioteca Nacional de Madrid, Juan Pablo Fusi Aizpurúa, publicado en el periódico madrileño ABC. Agradecemos la autorización otorgada por esta empresa editora para su inclusión en nuestros Cuadernos.

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

CON el título que encabeza estas líneas, tuvo lugar el 15 de diciembre en la Universidad de Nueva York un acto singular: un homenaje a las bibliotecas y a los bibliotecarios, mediante la concesión de determinadas distinciones académicas a directores (y ex directores) de cinco de esas instituciones, la Biblioteca del Congreso de Washington, la Biblioteca Pública de Nueva York, la Biblioteca Nacional española. Se les distinguió por la función, destacadísima, que cada una de ellas cumple: de la Biblioteca Nacional, en concreto, se dijo que es la biblioteca más importante del ámbito hispánico (lo que probablemente es cierto). Se trató, como digo, de un acto singular y, desde luego, obligado: el mundo contemporáneo es inimaginable sin libros y, por tanto, sin bibliotecas.

Para España, la iniciativa de la Universidad de Nueva York y de su presidente, John Brademas —cuyas deferencias para con nuestro país son incontables—, es inestimable: ha colocado a la Biblioteca Nacional en una situación privilegiada. Se trata de una distinción que honra a todos quienes trabajan en la Biblioteca y a todos los que nos han (y me han) precedido.

Nuestra época es, ciertamente, impensable sin bibliotecas. Ortega llegó a decir que la historia del bibliotecario y del libro equivaldría a una verdadera historia del mundo occidental; Borges, una vez ciego, se figuró el paraíso bajo la especie de una biblioteca. Quienes trabajamos en bibliotecas, sobre todo en bibliotecas nacionales, tendemos, sin embargo, a pensar, como Víctor Hugo, que la biblioteca es, más que nada, un acto de fe. Fe para enfrentarse a dificultades intimidantes: trabajo ingente, presupuestos y personal escandalosamente insuficiente. Fe para creer que el hombre contemporáneo todavía tiene necesidad de o pasión o gusto por los libros (que encierran, como decía Borges, «el tiempo disecado y conservado mágicamente»). No sé de dónde nace esa fe. Tal vez sea que creemos, aunque sea inconscientemente, que la sociedad democrática es, como dijo Ortega, hija del libro y, por tanto, de la biblioteca.

Las bibliotecas las hacen los bibliotecarios. Con mucho juicio, el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española publicado en 1726 decía del oficio del bibliotecario que «es empleo de mucha estimación y confianza, y que requiere mucha erudición y doctrina para obtenerla». Nada más justo, y más aún, hoy: los bibliotecarios no han hecho sino ganar en erudición y doctrina desde 1726. Por eso son pieza esencial en la

EN HONOR DE LAS BIBLIOTECAS Y DE LOS BIBLIOTECARIOS

educación bibliográfica de un país; son, en palabras, otra vez, de Ortega, el filtro entre el torrente de libros y el país; y, mejor todavía, son historiadores del libro y, por tanto, historiadores de la vida intelectual y de la cultura.

Si todo eso es así —y lo es—, se entenderá que desde la perspectiva española no se pueda sentir sino preocupación. Primero, la sociedad española no reconoce como merece el trabajo que a su servicio realizan los bibliotecarios: sus salarios son insuficientes y su rango funcional es insultantemente inferior a su calidad profesional y a su valía intelectual. Segundo, la realidad bibliotecaria española es desoladora. Yo sentí en Nueva York, cada vez que se me preguntaba por las bibliotecas españolas, vergüenza y tristeza. La Biblioteca Pública de Nueva York, creada en fecha tan tardía como 1895, dispone de 81 secciones distribuidas por toda la ciudad, tiene un total de 30 millones de libros y ocupa 2.500 personas. ¿Dónde está la equivalente Biblioteca Pública de Madrid? (y la comparación con la Biblioteca Nacional no sirve, puesto que ésta, que no es una biblioteca municipal, debe compararse, en todo caso, con la Biblioteca del Congreso de Washington). Por lo que sé, el Ayuntamiento de Madrid tiene 22 «bibliotecas» (por usar un eufemismo, pues se trata en realidad de minúsculas y mal dotadas salas de lectura), de las que la mejor tiene un fondo de 150.000 volúmenes. Por supuesto que Nueva York tiene once millones de habitantes y Madrid, cuatro, y que sus recursos son muy superiores a los de nuestra capital: aun así, un mínimo cálculo muestra que la situación bibliotecaria de Madrid constituye un permanente agravio cultural.

Pero hay más. El acto de Nueva York, que se celebró en la biblioteca de la Universidad, no habría podido celebrarse en Madrid: ¡como que no existe bibliote-

ca propiamente dicha en ninguna de las cuatro Universidades madrileñas!

Tienen, claro está, bibliotecas de Facultad, todas ellas, por descontado, insuficientes y escasas. La biblioteca de la Universidad de Nueva York es un edificio de doce plantas —el más importante de todo el «campus»—, dispone de 3.500 puestos de lectura y de cerca de cuatro millones de libros; está automatizada hace ya algunos años y dispone de todos los adelantos que hoy proporciona la tecnología en el ámbito de las bibliotecas. Y, con todo, no es la mejor biblioteca universitaria de Nueva York, ciudad que tiene una treintena de Universidades y Colegios universitarios: la de Columbia tiene más de seis millones de volúmenes. En la Complutense habrá en total, aun dispersos y hasta inaccesibles, cerca del millón de libros. Pues bien, ¡Columbia tiene menos de 20.000 estudiantes; la Universidad de Nueva York, unos 40.000, y la Complutense madrileña, unos 130.000! ¡Y pensar que hay quienes tienen la chusca pretensión (o dulce inocencia) de reclamar para Madrid el título de capital europea de la cultura! Claro que se celebran actos culturales; pero salvo por alguna exposición indiscutible y alguna conferencia de algún profesor ya emérito, los más no son sino aspavientos artificiosos para el enjambre de pedantes.

La situación bibliotecaria española es, pues, insostenible. El presidente de la Universidad de Nueva York, John Brademas, reclamó para las bibliotecas homenajeadas el citado día 15 el liderazgo en materia bibliotecaria que su historia y significación exige. Me temo que en España ese liderazgo deba tener una doble dimensión: enunciativa, para definir lo que son los distintos tipos de bibliotecas y las funciones que les competen, y reivindicativa, para reclamar de los poderes acciones urgentes y eficaces en el ámbito de las bibliotecas.

La Biblioteca Nacional viene desarrollando ambas funciones reiteradamente con resultado hasta ahora desigual. Pero no desmayará: sirvan estas líneas como una apelación clara y contundente a las autoridades universitarias, municipales, autonómicas y estatales para que hagan —quienes no lo hayan hecho— de la política bibliotecaria objetivo prioritario de sus proyectos y programas. Sólo así será nuestro país digno del reconocimiento internacional que uno de sus centros señeros, la Biblioteca Nacional, ha recibido recientemente en Nueva York. Las bibliotecas han de ser la gran apuesta de la sociedad democrática.

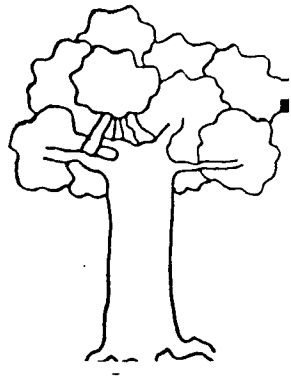
Juan Pablo FUSI AIZPURUA





LIBRERIA NOGAL

Tomás Morales, 9
PEDIDOS TELEFONO
36 17 30



A PARTIR DEL 1 DE ABRIL
NUEVA SECCION DE IDIOMAS:
INGLES FRANCIES ALEMAN ESPANOL ITALIANO

LIBRERIA-PAPELERIA
 **EL LIBRO TECNICO** Tomás Morales.44
(frente Institutos)

 **LIBRERIA BRUÑO** Mariucha.101.Schamann

MATERIAL ESCOLAR Y DE DIBUJO

EGB-BUP-COU-FP-UNIVERSITARIOS
(TODAS LAS EDITORIALES)